

IDEAS

*Cómo llegar a tener dos
(o tres) opiniones sobre
la Teoría Crítica de la Raza*



IX

Eric Clifford Graf

«Júpiter, me gustaría entender de qué estás hablando. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho lo que le aflige?»
—Edgar Allan Poe, «El escarabajo de oro».

Es tentador denigrar la Teoría Crítica de la Raza (TCR). Sus líderes clavan sus dedos acusadores en temas culturalmente sensibles para obtener beneficios. Como los sacerdotes hechiceros en la época de la cosecha, atizan el resentimiento de la multitud, así como su culpabilidad. Y utilizan todos los trucos del manual: pseudociencia, verborrea de culto, juicios de exhibición, medidas y parámetros distorsionados, diagnósticos autocumplidos, estadísticas falsas, historia manipulada, estrategias burocráticas y litigios, por nombrar solo algunos.

En fin, la TCR ha madurado hasta convertirse en uno de los principales costes de hacer negocios en EEUU. Funciona porque sus demonios ficticios —los racistas hombres del saco— no pueden ser exorcizados. Es difícil comprobar la ausencia total de lo que una vez existió en algún lugar y, últimamente, un solo racista inconsciente nos mancha a todos. Sin embargo, la incapacidad de refutar algo no significa que exista en exceso, por lo que los defensores de la TCR también se esfuerzan por convertir el racismo en un problema «estructural», haciéndolo difícil de encontrar, pero profundamente arraigado. Por lo tanto, necesitan fondos perpetuos para abordarlo.

Pero la TCR requiere sorpresivamente poco en términos de esfuerzo real. Es una estafa chapucera. Por ejemplo, la idea de que el racismo sistémico aflora cuando los blancos se asustan al hablar de la raza. La gente se asusta con la raza porque ser etiquetado como racista es ahora devastador y frecuente. Personas como Jussie Smollett, Bubba Wallace y Henry Louis Gates Jr. son ya tan comunes como sus enemigos imaginarios. Las conversaciones y las «cumbres con cervezas» sobre la raza se agrían en ese contexto. Luego la tecnología magnifica entonces

toda esa estúpida señalización. Las virtudes de la prudencia, la templanza, la justicia y el coraje se ven anuladas por nuestros paquetes de instintos y emociones que se difunden fácilmente en Twitter, Facebook, Instagram, podcasts y televisión.

No obstante, la mayoría de las veces la TCR funciona simplemente amenazando a la gente con la vergüenza y la exclusión. En la historia evolutiva del ser humano, perder el contacto con los demás suele significar la muerte. Perversamente, es entonces el mismo miedo al destierro lo que nos programa para seguir al rebaño racista. También nos programa para seguir al rebaño del «neoracismo» de la TCR.

Ayn Rand llamó al racismo «*la forma más baja y crudamente primitiva del colectivismo*», y la TCR es quizás su reflejo más sofisticado,

La mayoría de las veces la TCR funciona simplemente amenazando a la gente con la vergüenza y la exclusión.

la última forma trascendental de lo que el novelista peruano Mario Vargas Llosa —recordando a Karl Popper— recientemente denominó *la*

llamada de la tribu. Hace más de dos siglos, uno de los fundadores estadounidenses John Jay utilizó *una metáfora marítima* para referirse a estos mismos impulsos colectivos en su defensa del poder provincial del Senado de la república norteamericana: «*Quienes se han consagrado al estudio de los asuntos humanos tienen que haber percibido que éstos sufren mareas de duración, intensidad y dirección sumamente irregulares, que raramente se producen dos veces exactamente de la misma manera o con la misma energía*» (*El federalista* 64).

Ahora bien, los defensores de la TCR tendrían unanimidad en que el Senado de EE. UU. originalmente concedía poder a los legisladores estatales, muchos de los cuales defendían la esclavitud en régimen de

pertenencia personal y basada en la identidad racial. Pero el Senado ha demostrado ser útil desde entonces, porque también puede aprovechar la sabiduría de una minoría provinciana contra la locura urbana y mayoritaria de la Cámara de los Representantes. Las masas ignorantes —en forma racial o no racial— son la característica esencial de la democracia, así como su principal dilema. Eso es inevitable porque, como argumentó Alexis de Tocqueville a lo largo de su obra *La democracia en América* (1835/40), el libre pensamiento constitucionalmente protegido sigue siendo muy vulnerable a la represión social: «*La Inquisición nunca pudo impedir que circularan en España libros contrarios a la religión de los más. El imperio de la mayoría se ejerce mejor en los Estados Unidos: ha borrado hasta el pensamiento de publicarlos. Se encuentran incrédulos en Norteamérica, pero la incredulidad no encuentra allí, por decirlo así, órgano para expresarse*» (1.2.7).

La historia general de los movimientos literarios sostiene que el trauma de la Revolución francesa impulsó el tono frenético del terror y la alta ficción gótica, así como sus sombríos géneros acompañantes, los de la ciencia y la ficción detectivesca. Hay algo de razón en eso. Unos cincuenta años después de la toma de la Bastilla, Edgar Allan Poe hizo importantes contribuciones a los cuatro géneros, y podría decirse que inventó los dos últimos. ¿Y quiénes reconocieron primero la brillantez de Poe? Los franceses (Baudelaire). ¿Y quiénes lo resucitaron en el siglo XX? Los latinoamericanos (Borges y Cortázar). El Romanticismo está formado por múltiples generaciones de artistas, escritores y filósofos de toda la cuenca atlántica que buscan escapar las consecuencias de 1789. Esto es literal y figurado a la vez; explica qué tanto como por qué crearon los románticos. Monstruos, vampiros, hombres lobo, zombis, bichos espaciales y ladrones de cadáveres —plagas de conjurados, infectados o hipnotizados— son

las masas rebeldes, y las proyecciones solitarias de tiranos sanguinolentos —el doctor Frankenstein o el conde Drácula— son casi siempre arrastradas por sus creaciones destructivas.

Tocqueville refleja este mismo cambio, temiendo un estilo y una escala de desenfreno social que ahora depende mucho menos de los líderes. Cuando un europeo piensa en el nacionalismo, esta es su pesadilla:

Napoleón es el primero que ha recorrido a la cabeza de un ejército el camino de todas las capitales; pero la ruina de la sociedad feudal le había abierto esta ruta. Convenzámonos de que si este hombre extraordinario hubiera nacido hace trescientos años, no habría sacado el mismo fruto de su método, o más bien, habría seguido otro diferente. No añadiré sino una sola palabra sobre las guerras civiles, porque temo cansar al lector (2.3.26).

La épica metamorfosis de la democracia en una máquina violenta y virulenta que mató entre 3,25 y 6,5 millones de personas en 1803–15 es una de las principales preocupaciones de Tocqueville en el segundo volumen sobre América (véase 2.3.18–26). Como lector norteamericano, he de señalar que el sociólogo e historiador francés también ha puesto sobre la mesa la guerra civil.

La revolución haitiana extremadamente racializada de 1791–1804 fue otra consecuencia de la Revolución francesa, e influyó profundamente en la trayectoria de los acontecimientos en el sur de Estados Unidos. Casi al final de su primer volumen sobre la democracia estadounidense, tras señalar que los blancos perderán en las Indias, pero ganarán en Tierra Firme, Tocqueville matiza que, si EE. UU. se disuelve, los blancos del Sur quedarán en una situación difícil. Deja caer aquí una analogía curiosamente invertida entre el *Dixie* y la España moderna temprana:

Tal vez acontecerá entonces a la raza blanca del Sur lo que ha sucedido a los moros en España. Después de haber ocupado el país durante siglos, se retirará al fin poco a poco hacia la comarca de donde vinieron antaño sus abuelos, abandonando a los negros la posesión de una tierra que la Providencia parece destinar a éstos, puesto que vive en ella sin penas y trabajan más fácilmente que los blancos (1.2.10).

Cada uno de los principales ensayos, poemas, novelas o relatos de Poe cobra profundidad e impulso a la luz de las observaciones de Tocqueville sobre lo que no se dice entre los blancos del sur en torno al año 1835. Gracias al conde francés, el universo literario de Poe brilla ahora con la psicología moral acechante del infierno de Dante. Cada fisura, cada sombra, cada clase de víctima, cada rata, gato, mono, pájaro o murciélago, cada escalofrío, cada campana, cada susurro, cada marejada del océano, cada cadáver de mujer, cada alma rival, cada monte nublado o cielo nocturno, y seguramente ahora cada *agente inquisitorial*, está infundido con el espectro agonizante de la raza. Es que Tocqueville ha detectado un trauma en el sur:

El peligro más o menos lejano, pero inevitable, de una lucha entre los negros y los blancos que pueblan el sur de la Unión se presenta sin cesar como un sueño penoso ante la imaginación de los norteamericanos. Los habitantes del norte hablan cada día de estos peligros, aunque directamente no tengan nada que temer. Tratan en vano de encontrar un medio de conjurar las desgracias que prevén. En los Estados del Sur, se guarda silencio; no se habla del porvenir a los extranjeros; se evita hacer conjeturas con sus amigos y cada uno se lo oculta a sí mismo por decirlo así. El silencio

del Sur tiene algo de más aterrador que los temores estrepitosos del Norte (1.2.10).

Como argumentó Alexis de Tocqueville a lo largo de su obra *La democracia en América* (1835/40), el libre pensamiento constitucionalmente protegido sigue siendo muy vulnerable a la represión social.

El éxito literario de Poe era su capacidad ingeniosa para hipnotizar a sus lectores utilizando historias fantasmagóricas para arañar su predicamento moral más autocensurado.

Hoy, las olas de masas humanas se agitan algorítmicamente a través de los noticieros de veinticuatro horas, los podcasts y las redes sociales, por lo que nuestras pesadillas revolucionarias se vuelven más bien en la turba de ciencia ficción que en la racializada. Pero el efecto es igual. En un entorno impulsado por la tecnología, las plagas y las elecciones siguen revelando nuestra tendencia a identificarnos con uno u otro bando para perseguir a nuestros rivales más allá de las murallas de la ciudad.

La buena noticia es que, en una atmósfera tan tormentosa, el reflujo de la credibilidad de la etiqueta racista es probablemente una vislumbre de su desaparición. Las luchas populares surgen para lograr una misión, pero luego abandonan sus fervores y valores originales, llegan a las instituciones tradicionales y se desvanecen en el *statu quo*. Al final, los rebeldes entrenan a los encargados de administrar la piedra de toque, la pasión heroica se consume en el resentimiento burocrático, y las virtudes fundamentales evaporan en una jerga de política vacía. Pero sus dimensiones inconscientes y grupales hacen que desvelar la corrupción de la TCR no pueda eliminarla de inmediato. Además, el movimiento se ha infiltrado en las fuerzas armadas, las corporaciones multinacionales, los principales medios de comunicación, los sindicatos de profesores, las empresas tecnológicas, los departamentos de recursos humanos y el

mundo académico en general, quizás de forma más crítica en los programas de periodismo y educación.

Sin embargo, nuestro sistema funciona mejor cuando aprovechamos los arrebatos excesivamente igualitarios de la democracia, siempre moderándolos con el yugo de la razón, de la que, en teoría, nos empaparemos lo suficiente si se no da un poco de tiempo. El inconveniente es que parece que siempre navegamos al borde de una crisis impulsada por la paradoja existencial de la política de nuestra peculiar república. ¿Puede nuestro celo patriótico, nuestro honor nacional sostener un sistema diseñado precisamente para arruinar los efectos de nuestros entusiasmos compartidos?

Jay sabía que las democracias no pueden evitar las mareas sociales. Lo que realmente importa, entonces, es nuestra respuesta a las malas ideas como los juicios por brujería, el racismo, la esclavitud, las guerras coloniales o los temores rojos. En la medida en

perspectivas y coaliciones que puedan reducir nuestros espasmos colectivos y devolver la virtud de la libertad a la plaza pública.

Creo que el objetivo neoracista de la TCR no da en el blanco, pero su punto de partida me parece correcto. Digo esto porque estudio la literatura y la historia de otra cultura que ha tratado problemas similares en múltiples ocasiones. Entre los textos más importantes de una fase crucial de la evolución de la novela en España se encuentran los siguientes: *El asno de oro* de Apuleyo (publ. Sevilla 1513, Zamora 1536 y 1539, Medina del Campo 1543, Amberes 1551), *La vida de Lazarillo de Tormes* de Diego Hurtado de Mendoza (c.1550), *El conde Lucanor* de don Juan Manuel (publ. Sevilla, 1580), *Don Quijote de la Mancha* (1605/15) y *El coloquio de los perros* (1605) de Miguel de Cervantes, *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle (1636–38) y *Desengaños amorosos* de María de Zayas (1647). La esclavitud y la raza figuran de forma destacada en todos estos textos. He aquí un ejemplo visual de la misma época:



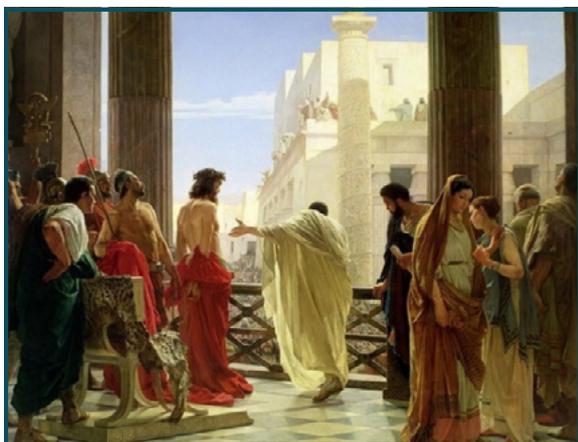
Diego Velázquez, *La cena de Emaús* (1618)

que las democracias funcionan restringiendo los fanatismos a sectores minoritarios de la sociedad, de modo que acaban descarrilando o agotándose, deberíamos intentar tanto mantener como descubrir antiguos y nuevos mecanismos, procedimientos, diálogos,

Velázquez encadena alusiones raciales a través de una serie de objetos blancos que ocupan el primer plano de una escena por lo demás oscura, salvo un mantel y un halo en el fondo. *La cena de Emaús* alude al mestizaje a través de un mortero, una jarra en posición

invertida y un bacín dorado martillado y en curioso equilibrio junto a un trapo blanco sobre una mesa en el primer plano de la cocina mediterránea. Los toques blancos de la ropa oscura de la mulata insinúan lo mismo. La puesta en abismo del apóstol Lucas, también pintor, viendo a Cristo resucitado por primera vez es un detalle exquisito. ¿Podemos ver lo que otro pintor cristiano ve?

En la España de principios de la Edad Moderna, los temas de la esclavitud y la raza chocaron con la anexión de Portugal por Felipe II en 1580, que incluyó un lucrativo comercio transatlántico de esclavos negros africanos centrado en Lisboa. Desde este punto de vista, los dos cuadros de Velázquez son notables combinaciones de hagiografía, naturaleza muerta, retrato realista y crítica sociopolítica. Este nivel de coordinación genérica se hace eco de la intercalación por Cervantes de la fantasía de Micomicón entre los relatos pastoriles, urbanos y autobiográficos de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha*, y también del objetivo de la sátira mordaz de *El coloquio de los perros*. Al igual que los ensayos de Montaigne, las novelas de Cervantes y los cuadros de Velázquez giran en torno a problemas, gesticulando hacia lo que Javier Cercas recientemente llamó el punto ciego, esa cuestión obvia, pero desde algún punto de vista todavía inabordable, en el corazón de toda obra de arte seria.



Antonio Ciseri, *Ecce homo* (c.1871-91)

Si ampliamos el período moderno temprano de 1300 a 1900 y lo limitamos geográficamente al Mediterráneo, el Atlántico, el Golfo de México y el Caribe, la raza y la esclavitud siguen siendo los temas centrales de los mejores libros de la zona. En el subcampo de los Estudios Americanos, por ejemplo, leer *Robinson Crusoe* (1719), *El federalista* (1787-88), *La democracia en América* (1835/40), *‘El escarabajo de oro’* (1843), *Moby-Dick* (1851), *Narrativa de la vida de Frederick Douglass* (1852) o *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884) en ausencia de los temas de la raza y la esclavitud sería disfuncional y deprimente. De un modo u otro, todos estos textos nos señalan que la república norteamericana estaba destinada a abolir la esclavitud.

Los conservadores de hoy en día deberían encontrar inobjetable el hecho de que tales textos pierden su belleza y su genio cuando se mantienen al margen de la esclavitud y la raza. Además, indican la importancia fundamental de los derechos a la libertad y la igualdad extendidos por la Decimotercera Enmienda a la Constitución de EEUU en 1865 y por la Ley Imperial número 3.353 (la «Ley Dorada») firmada por la princesa brasileña Isabel de Braganza en 1888. De la misma manera, haciéndose eco e invirtiendo el modo en que *La cena de Emaús* de Velázquez critica la esclavitud en Iberoamérica a principios de la modernidad, la perspectiva monumental del *Ecce homo* de Antonio Ciseri celebra la llamada del nuevo imperialismo liberador en las Américas a finales del siglo XIX.

La aproximación de Ciseri a Juan 18:38-19:16 ubica un dilema teológico en el corazón del liberalismo constitucional moderno. Entre las túnicas rojas y azules de los dos hombres a su lado, un Poncio Pilato casi diáfano gesticula hacia las primeras consecuencias de la preferencia de una nación, la cual optó por el sacrificio en lugar del derecho de propiedad tradicional: «No a este, sino a Barrabás. Y

Barrabás era ladrón». Y esa elección ha puesto en marcha los movimientos abolicionistas y sufragistas en el escenario de la derecha, donde un hombre negro y una mujer vestida de escarlata intercambian un pergamino a lo largo de una línea diagonal que se convierte clandestinamente en un rollo de tela roja. Mientras, en la otra dirección, un monumento enroscado que se eleva a la luz del sol más allá de la turba y por encima de la cabeza de Pilatos llama nuestra atención sobre la asombrosa historia de la ley humana que precede a este momento. Podríamos parafrasear la alegoría de Ciseri sobre el cambio que se estaba produciendo en Estados Unidos y Brasil en la segunda mitad del siglo XIX de la siguiente manera: «*Cualquier ley que convierte a una persona en propiedad por razón de su raza es ilegítima y, en su lugar, debemos considerar el sacrificio (guerra, revolución, resistencia)*».

Los defensores de la TCR sostienen que Estados Unidos se fundó sobre la esclavitud. Aquel verbo «fundar» les permite a sus adeptos condenar a la sociedad estadounidense como racista y exigir reparaciones. La gente

mala y el racismo existen, pero dejando de lado quiénes son o fueron los racistas, ¿qué hay que hacer? Podemos estar de acuerdo en que la raza tiene implicaciones sociopolíticas y a la vez sostener que la ley debe ignorarla. También podemos estar de acuerdo en que la cuestión más importante es qué políticas resolverán los problemas actuales que enfrentamos. Los defensores de la TCR no quieren que la ley ignore la raza, y a muchos no les interesa resolver nada. Cuando aparecen mareas en las democracias, a veces es mejor navegar hacia ellas. Los defensores de la TCR están señalando dónde cambiar el rumbo: la educación. En la experiencia estadounidense, el mecanismo para resolver un problema es tradicionalmente la libertad, y la solución suele ser crear más de algo. La Décima Enmienda nos permite manipular múltiples parámetros sociales, legales y económicos y luego gravitar hacia las mejores prácticas. Deberíamos aumentar la libertad en la educación, eliminar los requisitos de certificación para los profesores, experimentar con los cheques o vales sociales, y confiar en que los ciudadanos estadounidenses puedan descubrir la mejor solución por sí mismos.

— Eric Clifford Graf es escritor independiente. Su libro más reciente es *Anatomy of Liberty in Don Quijote de la Mancha* (Lexington, 2021). Ha publicado múltiples ensayos sobre la literatura, política y economía del Siglo de oro español en revistas como *Cuadernos FAES*, *Cultura Económica*, *Libertad Digital* y *Procesos de Mercado*. Escribe sobre la reforma de la educación para *Minding the Campus*.

